

LA EXTINCIÓN DE LAS LENGUAS MINORITARIAS

Una lengua puede verse desde una doble perspectiva: una el racionalismo del siglo XVIII, otra el romanticismo del siglo XIX. En la primera la lengua es solamente un instrumento de comunicación. Un japonés y un esquimal pueden entenderse en inglés (o un vasco y un catalán en castellano). Tiene un carácter funcional, pragmático. Claro está, el japonés habla en japonés y el esquimal habla en esquimal. Cada lengua, además de ser una señal de identidad como pueblo, expresa una cultura diferente, tiene una visión peculiar del mundo. En el romanticismo decimonónico, cuando se desarrolla el nacionalismo, aparece la visión “particularista” de un idioma. Aquí, más que la utilidad, entra la pasión. “El corazón tiene razones que la razón desconoce”. De ahí que los nacionalismos minoritarios tengan siempre una actitud reivindicativa en lo que se refiere a su lengua. ¿Quién tiene razón? Ambas posiciones tienen su parte de verdad.

Consideradas en sí mismas todas las lenguas - el inglés o el quechua - tienen un valor igual, poseen “su” belleza (poesía, música, etc.) y “su” forma de pensamiento. Ahora bien, por razones históricas, que hubiesen podido ser distintas, pero no lo han sido (el tiempo no vuelve atrás), unas lenguas se han convertido en mayoritarias y otras en minoritarias. En algunos casos el dominio de unas se debe a la opresión, en otros al abandono voluntario de sus hablantes por conveniencia propia. Existe, sobre un mismo territorio, un “bilingüismo” más o menos forzado o libre, más o menos perfecto o deficiente. Dos lenguas en una misma comunidad son una riqueza, pero también un conflicto. De la inteligencia depende que predomine la primera sobre la segunda. Parece evidente que la primera responsabilidad en la conservación de una lengua corresponde a sus hablantes. Sin embargo, ello no quiere decir que los poderes públicos, a través de la educación y los medios audiovisuales, tengan también la obligación de crear las condiciones adecuadas para evitar la desaparición de una lengua.

En el mundo existen unas cinco mil lenguas. Solamente en Nueva Guinea ya hay algo más de setecientos idiomas. Algunos dicen, con razón, que si se preserva la extinción de las especies animales más importante es aún conservar las lenguas de los pueblos. Pero ¿deben conservarse vivas todas las lenguas moribundas carentes de vigor verbal? ¿No tienen derecho los hablantes a dejar su lengua “moribunda” para tomar una lengua que abra mayores posibilidades? Tomemos una lengua muerta no demasiado lejana: el latín. Nadie piensa en resucitarlo, pero tenemos literatura y gramáticas que lo “mantienen”. Hoy nos encontramos con una tecnología muy superior a cuando se hablaba la lengua de Virgilio. Tales lenguas “medio muertas” pueden ser grabadas, hacer películas, tutoriales, gramáticas digitales, diccionarios bilingües o trilingües (no hacen falta ya Champolliones), etc. Estas lenguas en peligro de extinción pueden ya morirse en paz. En realidad no desaparecen sino que están “congeladas” como los óvulos para una reproducción. Desgraciadamente no teníamos los mismos medios para “congelar” la lengua hitita o el egipcio de los faraones.

Pero, además, debemos considerar otro aspecto. Una lengua tiene en su interior “varias lenguas”. Un español del siglo XX no entiende apenas la lengua de Berceo en ese “roman paladino” con el que el pueblo habla a su vecino. Han pasado muchos siglos. Una lengua no un hecho “estático”, sino que evoluciona en el tiempo. Nosotros ya no somos el niño “que fuimos” aunque lo llevemos dentro. Ni siquiera reconocemos nuestra fotografía. ¿No existen filólogos especialistas en el castellano medieval que, como las vírgenes vestales, tienen la misión de mantener vivo el fuego sagrado? ¿Y no pueden existir especialistas que eviten la extinción de lenguas en peligro como el Taushiro, el Kaixana, el Tanema, el Lemerig, el Chemehuevi, el Njerep, el Liki, el Lumi, etc.?

Pablo Galindo Arlés

1 de enero de 2026